

esa indecisión acerca del valor de lo real y, en consecuencia, sobre las posibilidades de un arte realista. Heredero él mismo de la moral racional de los krausistas, íntegro y sincero, Galdós no supo nunca mentir. Y es curioso que su aproximación final al espiritualismo —Nazarín, «Halma», etcétera—, lejos de significar un reblandecimiento de su actitud radical, coincida con su etapa biográfica más radicalizada, sociológica y políticamente hablando. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

¿Otra vez la píldora?

Parecía que el problema del control de natalidad estaba superado en la mente de muchas parejas católicas y no católicas. Tras la encíclica *Humanae Vitae*, de Pablo VI, prohibiendo todo control que no fuere el de la continencia periódica, vino la crítica explícita de los más conocidos y mejores teólogos, así como la postura hábilmente correctora de la mayoría de los episcopados mundiales, y todo ello daba la sensación de haber dejado superada la inquietud de los católicos.

Pero no parece ser así; al menos en Francia, en la tradicionalmente católica nación, a pesar de todo y pese a su aparente progresismo. Porque allí es de donde —en todos los terrenos— vienen las más comedidas voces sobre los espinosos temas del posconcilio; temas como la democratización de la Iglesia, el diálogo con el marxismo, la píldora y tantos otros que en el concepto de muchos creyentes de otras naciones, como Norteamérica, Holanda o Alemania, resultan ya de otra época, porque hoy se plantean las cosas menos superficialmente. La radicalidad creciente, en general, en el pensar de los católicos ha hecho que hoy estemos muchos en una postura algo más que posconciliar; yo diría que nuestra postura es paraconciliar y, por tanto, no nos agradan ya unos planteamientos que consideramos desfasados y todavía vigentes en el catolicismo de la vecina nación.

He pensado muchas veces —y lo he escrito— que la mentalidad francesa es muy

equilibrada. Siempre echa al 50 por 100 todos los extremos. Como le pasó a Descartes en su época, en que su filosofía no era ni del cuerpo ni del alma, sino un 50 por 100 correspondía al cuerpo y otro 50 por 100 al alma, en equilibrada mezcla.

Y lo mismo me ocurre con la lectura de dos curiosos libros editados por Herder en España. El del teólogo dominicano francés padre Henry (titulado *Las dificultades de amar*) y el del conocido neuro-psicólogo católico, también francés, doctor Chauchard (llamado *Voluntad y sexualidad*).

Ambos libros —de muy distinta factura— suponen, si se leen despacio, lo mismo el 50 por 100 de defensa de la postura práctica del Papa actual como el 50 por 100 de subterfugio para no hacer lo que él dice. Aunque —y esa es la habilidad de los católicos galos— su lectura produce la sensación de hacer una defensa casi total de la decisión pontificia a favor de la práctica de la continencia periódica. Más lo hace el seglar que el religioso, pero al final nos encontramos con el mismo equilibrio casuístico —poco más o menos— que existía antes del Concilio, porque sin decirlo se nos dan nuevas recetas para no exigir la ley eclesiástica en casos concretos.

El doctor Paul Chauchard —tan popular en los ambientes católicos medios de España por publicaciones de divulgación científica a veces un poco superficiales— mantiene la tesis de que el control de natalidad debe hacerse por el control cerebral. El hombre y la mujer deben resolver su problema de control de natalidad por el autodomínio, utilizando los métodos del condicionamiento reflexológico de Pavlov, o los del entrenamiento psíquico preconizado por el médico y psicoterapeuta suizo doctor Vittoz. La continencia periódica la define como la única adecuada al control cerebral, que es lo propio del ser humano, más que como una regla de licitud moral.

Y el padre Henry, a vueltas de sutiles palabras, distingue entre el ideal de la práctica preconizada por la encíclica y el problema concreto del hombre pecador que

todos somos. Y, naturalmente, nos quiere convencer de que aquél —el ideal— es inalcanzable, pero todos debemos tender a él. Por eso lo usual —según ese razonamiento— será no lograrlo, pero eso no debe desanimarnos en el camino hacia el cumplimiento de la ley, que todos debemos emprender y reemprender constantemente con paciencia y sin dramas de conciencia.

Los planteamientos de los teólogos, como el germano Karl Rahner, S. J., o del flamenco padre Schillebeeckx, O. P., no son tan cautos o tan sutiles como éstos, pero son más profundos en mi opinión. Van al fondo de la cuestión. El jesuita alemán centra el problema en la seria decisión de la conciencia individual y en la obligatoriedad relativa de una encíclica, y el dominico holandés, en el concepto humano y no mecánico de los actos personales.

A estas voces se une la del delicado padre Haering, C. S. S. R., profesor en Roma, que no deja de develar, en cuanto puede, el sentido humano de la moral cristiana del amor, tan opuesto a los formalismos jurídicos usuales hasta hace poco entre los católicos, y aplica sus reflexiones a todas las cuestiones de la vida, y también

a ésta: para él, una moral que no sea humana ante lo concreto de la vida, no es cristiana, aunque esté en regla con la ley exterior. Posturas más claras y sanamente radicales las de estos tres teólogos, cuyo pensamiento podemos leer en los libros suyos recientemente traducidos a nuestro idioma.

El libro de Chauchard o el del padre Henry —a pesar de todo— pueden hacer su papel en ambientes que tengan una tendencia psicológica a promediar las cosas y a no escandalizar con radicalismos, y sí a buscar salidas que nos dejen en regla con la ley. No se percatan suficientemente, con esta cauta postura, que en la doctrina católica más tradicional —la de Santo Tomás— la ley hay que interpretarla de acuerdo con la razón y con las circunstancias de cada uno, y no de modo casi automático y uniforme. Incluso crea este teólogo tradicional que había que plantearse la existencia de leyes injustas, o porque no se acoplaban al bien general, o porque no estaban fundadas en razón. Y la actual postura práctica de la Iglesia, sobre las soluciones concretas o medios para el control de natalidad, es —por su obligatoriedad formal— lo más pareci-

do a una ley eclesiástica, que unos ven razonable y otros no, y que hay quienes la ven incoherente con el bien general y quienes la aceptan de buen grado.

Lo cierto es que, a pesar de todo, Chauchard dice dos cosas muy matizadas que todo lo arreglan al final: 1) que «la encíclica está llena de bondad hacia las parejas, a condición de que éstas acepten ser débiles y pecadoras y no proclamen que el mal es bien», y 2) que «el ideal de la encíclica es para las personas normales, pero no hay personas normales, hay personas normalizables».

Lo mismo que hace el padre Henry, O. P., al terminar recordando, con ejemplos históricos, que la interpretación uniforme de muchas cuestiones morales importantes es imposible. Y que «dos seres adultos que maduran juntos su decisión y acaban con plena conciencia, buena fe y buena voluntad en un juicio en que ciertos valores reales son sacrificados en aras de otros más necesarios, constituye un acto particular que es bueno».

De todas formas, ahora que ha pasado el tiempo de la publicación de la encíclica del Papa y de las discusiones de los teólogos en torno a ella, llega la mayoría de los católicos a la serena conclu-

